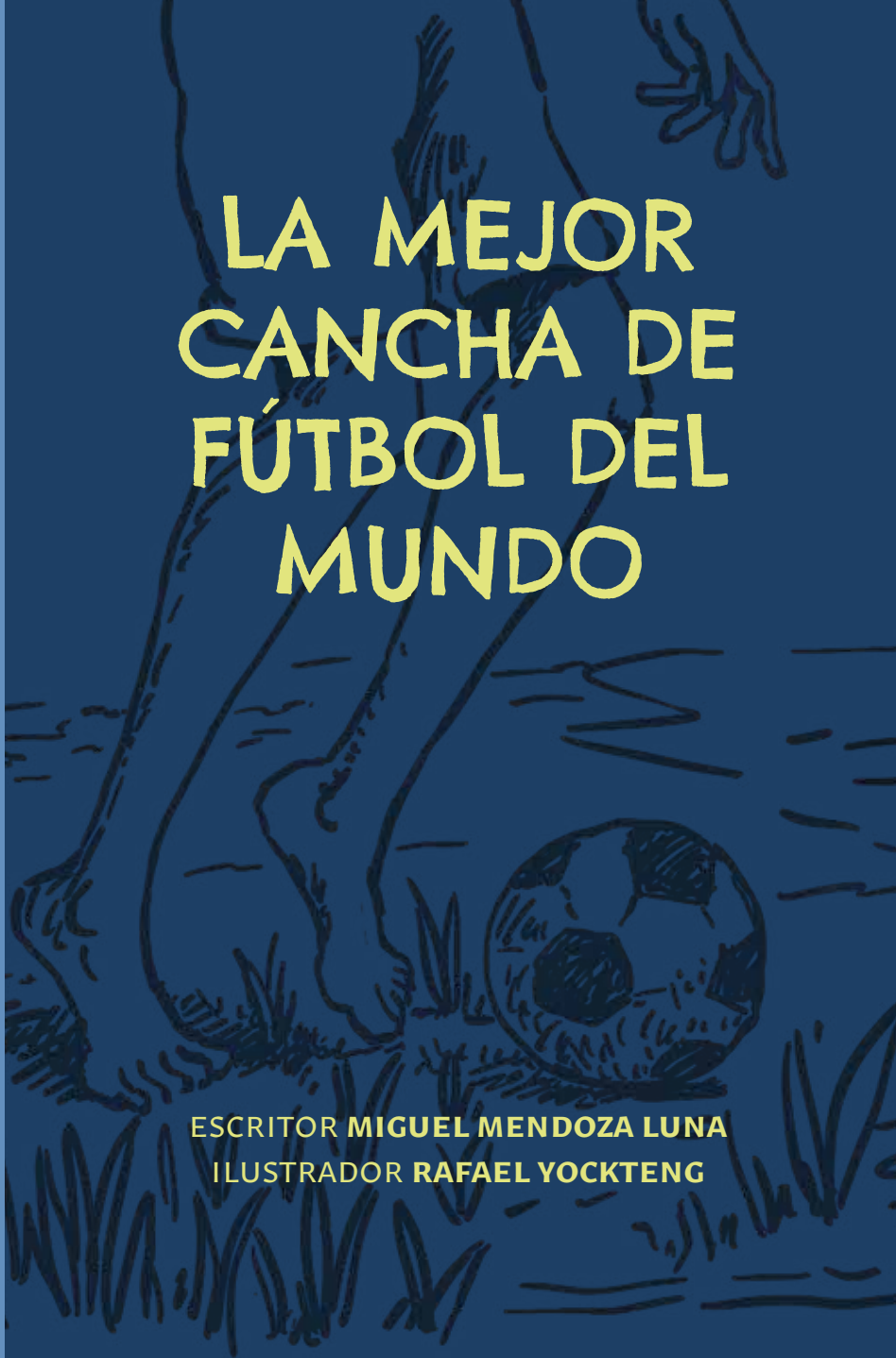
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas

LA MEJOR CANCHA DE FÚTBOL DEL MUNDO



ESCRITOR **MIGUEL MENDOZA LUNA**
ILUSTRADOR **RAFAEL YOCKTENG**





LA MEJOR CANCHA DE FÚTBOL DEL MUNDO

LA MEJOR CANCHA DE FÚTBOL DEL MUNDO



Escritor **Miguel Mendoza Luna**

Ilustrador **Rafael Yockteng**

Esta colección es un homenaje a la vida y la memoria de Ana María Cuesta León (QEPD)

Nosotros teníamos un equipo de fútbol, nosotros jugábamos. Pero igual la presencia de los señores estaba latente, andaban por el río, no nos dejaban transitar por la noche.

A LA GENTE TODO LE QUITABAN
***CUANDO LOS PÁJAROS NO CANTABAN**, TOMO TESTIMONIAL*





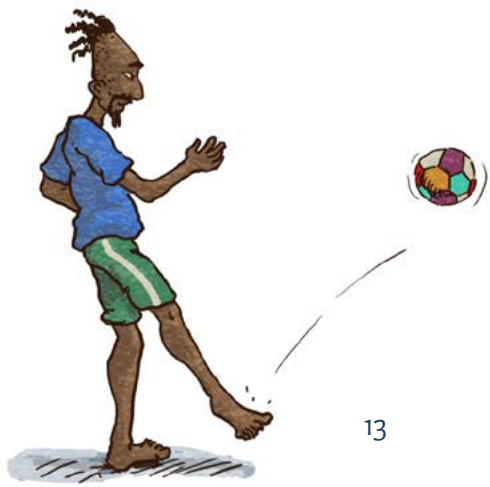
Cuando tenía diez años, yo no era tan buena con el balón. A mí lo que me gustaba era narrar los partidos que se jugaban en la cancha de fútbol de mi pueblo. No era una cancha profesional, nada de eso, pero entre todos la habíamos construido y por eso la queríamos tanto.



◆◆◆

El Soñador Guarín avanza velozmente con el esférico, esquiva uno, dos, tres oponentes. Nadie logra detenerlo, la pelota se pega a sus pies, se inventa un ocho, tira un túnel, le fabrica un sombrerito al arquero, cada jugada suya parece imposible, pero al final se transforma en gol...





En nuestra cancha, todos los días se jugaba algún partido. Siempre había dos equipos listos, no importaba si llovía o si hacía mucho calor. Todas las tardes, después de la escuela, la cancha era para los más pequeños. Los sábados llegaba el turno de los mayores y de los que habían cumplido o estaban ya cerca de los quince años; los domingos se jugaban algunos campeonatos. En todos los equipos del pueblo había hombres y mujeres; se creaban entre amigos, primos, hermanos, vecinos, hasta los abuelos podían participar. Y siempre alguien tocaba la marimba para dar inicio a los partidos.

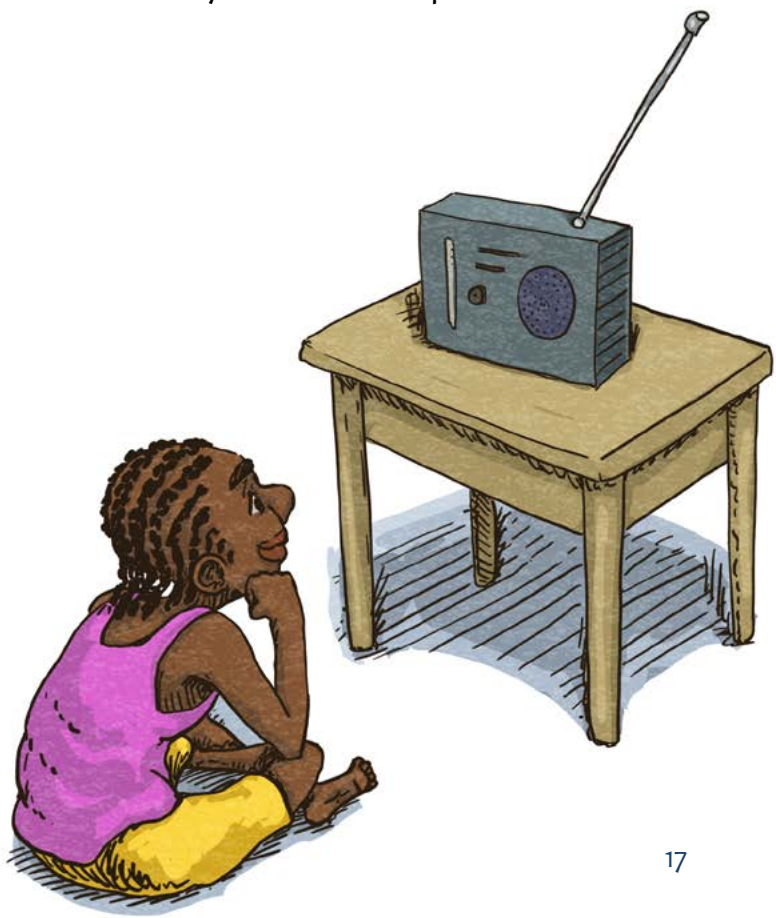
◆◆◆

El balón viaja directo a romper la red, pero la Reina Leona Leonidas Olaya salta, se eleva por encima de tres delanteros, su poderosa frente rechaza al globo juguetón fuera del área chica, con su intensa mirada le recuerda a los oponentes que ahí manda ella.

Los pelados y peladas del pueblo, en algún momento, jugaban en nuestra cancha, con sus trenzas, unas largas, otras cortas, todas diferentes, todas con una historia, como si fueran canciones. No tenías que jugar bien, con ponerle ganas era suficiente. No importaba perder o ganar, al final jugábamos para divertirnos, nada más.

Cada vez que podía, escuchaba en la radio a los locutores que transmitían los partidos de fútbol de la selección o de los equipos del país. De muchos de ellos, imité varios estilos, hasta que, poco a poco, inventé mi propia forma de

narrarlos. También le pedí prestado a la profe un diccionario para buscar palabras diferentes y usarlas en los partidos.



◆◆◆

El Colibrí Tascón la baja, la domina, la cubre. Lo atacan cuatro, cinco, seis jugadores, hace una veintiuna, se mueve para aquí, para allá, para arriba, para abajo, marea, confunde a sus rivales... Querido público, sus pies son tan rápidos que nadie sabe dónde escondió la redonda...

Desde que tuviéramos un balón, había partido. Así fuera viejo, nuevo, pinchado, eso no importaba, balón era balón. Los arcos los habíamos construido con varillas de bicicletas ya destartaladas. No recuerdo quien consiguió las mallas, pero cuando las colgamos todos en

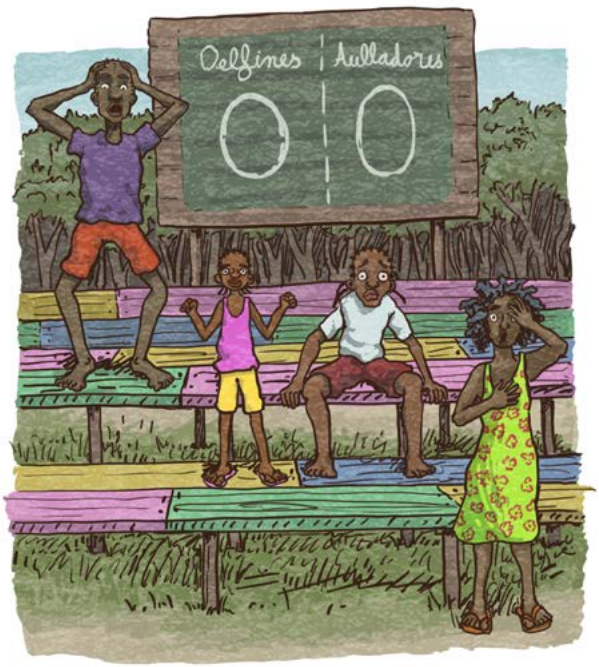




el pueblo vinieron a celebrarlo. Las gradas se fueron armando con la madera de las lanchas de los pescadores que ya no servían; entre varios las pintamos de azul ballena viajera, verde caimán amistoso, amarillo banano dulce, y mi favorito: el rosado delfín mágico. Mi papá convirtió una vieja madera de una mesa de su tienda en un letrero para indicar el marcador.



Al fondo de nuestra cancha se lograban ver los platanales, como si también ellos fueran parte del público que venía a animar a los jugadores.



◆◆◆

El balón viaja a la velocidad de la luz, dibuja una estela en el cielo, parece que se aleja del arco rival... Pero no, la caprichosa decide tomar su propio camino, emprende una curva imposible en dirección a la malla... Es otra de las jugadas maestras de la Ajedrecista Viáfara... Esperen, el Puercoespín Lemus evita la anotación con el pecho, justo en la línea, salva a su equipo, pero desinfla la pelota....

Y claro, aunque solo nos importaba pasarla bien, nos tomábamos en serio cualquier partido. Los había de todas las categorías y de todas las edades. Eso sí, siempre se jugaba limpio, sin tantas faltas. Si lastimabas a un contrario, le ofrecías disculpas. Si hacías un gol, lo celebrabas, pero sin humillar al rival.

◆◆◆

En este día claro y luminoso, donde se alcanza a ver en el horizonte el otro lado del país, el equipo de las Gaviotas sigue imparable, quince pases para conducir el mapamundi hasta el área contraria, su juego es

una perfecta coreografía, nadie se equivoca. La Infinita Esperanza Olaya, la capitana que nunca deja de sonreír, lidera este espectáculo de baile que hasta sus rivales, los Cangrejos azules de Carnaval, están disfrutando.

A veces, claro, alguien se molestaba si su equipo perdía. Si de pronto era un partido de campeonato y lográbamos conseguir un árbitro, pues al pobre le reclamaban de todo. Nunca nadie se fue a los golpes. Cuando los partidos terminaban, fuera de la cancha los rivales volvían a ser amigos, primos, vecinos. Igual pasaba con las barras que animaban a los

equipos, con el pitazo final, se dejaban atrás las diferencias. Teníamos algunos cotejos más especiales, con los mejores jugadores, hombres y mujeres, del pueblo. Esos encuentros iban más en serio, pero las reglas eran las mismas y el respeto por el rival nunca se perdía.



◆◆◆

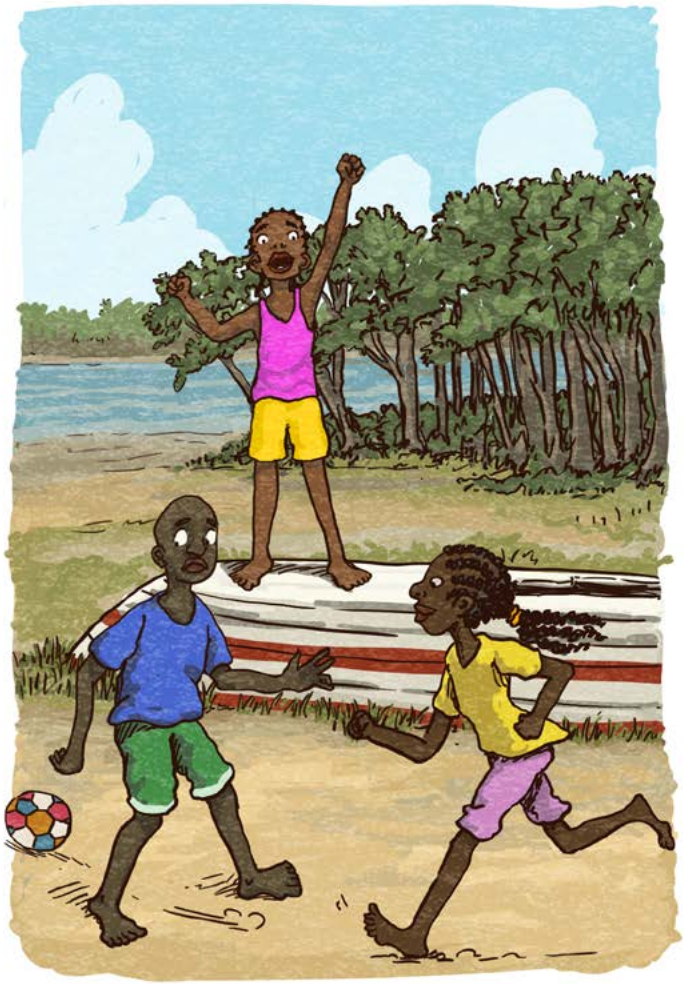
De repente, de la nada, cuando nadie lo esperaba, el Rayo nocturno Reinoso clava la pelota en dirección al refugio de las arañas... El Pulpo Angulo se lanza y evita el gol con la punta de sus manos; el Pavo Real Quintero vuelve a intentarlo y le pega con el alma... El cuidapalos despega del suelo y de nuevo logra rechazar la caprichosa; la Catarata Zapata empuja la bola escarlata una vez más, pero el Pulpo alarga la pierna y mantiene intacta su portería...

Creo que empecé narrando los partidos de los más pequeños. Al principio, solo lo hacía para que me escuchara mi

mejor amiga, Amanda Coral, ella tenía nueve años y jugaba muy bien. Los pelados más grandecitos que iban a ver jugar a sus amigos me escucharon y me pidieron que narrara los de ellos. Creo que lo que más le gustaba a la gente que me escuchaba eran los apodos que me inventaba para los jugadores y también para nombrar a los equipos.

Una tarde, el abuelo de Amanda me escuchó relatar un partido y dijo:

—Está mejor el juego que narra esta niña que lo que pasa en la cancha.









Creo que ese rumor corrió de boca en boca y terminó en que mis papás me consiguieron un megáfono para animar los partidos de los domingos, cuando jugaban los mejores equipos y se disputaban trofeos o algún premio.

Esa primera tarde tenía mucho miedo y vergüenza de que me escuchara todo el pueblo, pero mis papás y mis hermanos me animaron. Como jugaba mi mejor amiga eso me dio confianza. Era una final y terminó empatada tres a tres, así que los equipos se fueron a penaltis. El árbitro y



los capitanes de los equipos estuvieron de acuerdo en que yo podía anunciar quién pateaba. Ahí aproveché para contar pequeños detalles de los jugadores, algo de su experiencia, sus logros o sencillamente cosas bonitas de su vida. Después de mis palabras, el público aplaudía y así los jugadores se tomaban confianza para cobrar los penaltis.

◆◆◆

Se prepara a patear la Sirena Coral, su dulce canto puede alegrar al más triste, alejar la lluvia, desvanecer las nubes de tormenta, su voz es capaz de crear un arcoíris, además es la mejor amiga que uno pueda tener.
Es el turno de la Vía Láctea Solarte, el mejor pescador de la región, puede lanzar la atarraya a unos quince metros y con esa misma fuerza le pega a la boya de cuero, además es buenísimo consejero para cualquier asunto del corazón y hasta para saber si hay o no que hacer un negocio.

Después de ese partido que ganó el equipo de Amanda, empezaron a llamarme para que narrara todos los encuentros de nuestra cancha, así fueran amistosos o de campeonato.

—Esa pelada hace brillar hasta al jugador más flojo de la cancha —repetía la abuela de Amanda—. Tocará ponerle también su apodo bonito.

Mi mamá me dijo que le habían contado que desde que yo narraba los partidos a la gente no le importaba tanto si su equipo perdía: «con la retahíla de su hija uno siempre sale feliz, así nos metan una goleada». Las gradas de los partidos de los

domingos empezaron a llenarse. Aunque a mi papá no le gustaba el fútbol, después de escucharme una de esas tardes empezó a llegar de primero a la cancha.



◆◆◆

Esta tarde, donde la generosa lluvia nos ha regalado una pausa, el equipo de las Científicas nos ha brindado un espectáculo de sincronización, de trabajo en equipo, de sorprendentes jugadas de laboratorio; su cuatro, cuatro, uno ha superado todas las barreras de los Saltamontes, un gran equipo que no se rinde a pesar de la superioridad táctica del rival, que no deja saltar aquí y allá buscando la forma de empatar.





Una tarde de domingo, había una final de los dos mejores equipos del pueblo de la categoría juvenil, pero aun así muy pocas personas vinieron a ver el partido. Nadie quiso tocar la marimba. Me di cuenta de que a varios de los jugadores les habían cortado sus trenzas. Se notaba que no querían hablar de eso, así que no les pregunté. Los pocos del público que se sentaron en las gradas permanecían en silencio.

A pesar de la soledad, yo hice mi narración con el mismo entusiasmo



de siempre. Sin embargo, el público ya no parecía emocionado ni con mis palabras ni con el juego. Mis papás me acompañaron hasta el final del partido. Yo estaba a punto de llorar, creía que a nadie le había gustado mi relato.

—No es su culpa, mija —me tranquilizó mi mamá.

—Están pasando cosas tristes en el pueblo —explicó mi papá—. La gente anda preocupada.

—LOS SIN SOMBRA amenazaron a varias familias —agregó mi hermana mayor—. Dicen que han visto unos barcos grandes que vienen para acá a quitarnos todo.

Yo algo había escuchado de esos tales seres en la escuela. Supuse que eran los que les habían cortado el pelo a los jugadores.

Al siguiente domingo, uno de los equipos no se presentó y el partido tuvo que cancelarse.

—Muchos ya se fueron del pueblo —murmuró mi mamá con tristeza.

—Le quitaron la casa a varias familias –soltó mi papá con los ojos humedecidos.

A los más jóvenes nos prohibieron jugar por las noches en la cancha. Los grandes también dejaron de jugar después de las seis de la tarde.

Hasta que un día nadie volvió a jugar.

Y nadie pudo volver a pescar.

Amanda y su familia se fueron del pueblo. Para no llorar y no pensar en eso, esa noche me puse a escuchar un programa radial de comentaristas deportivos.

El último domingo que estuve en el pueblo, llegué a la cancha con mi megáfono. Ese día se debía jugar una final.

Solo estaba yo, nadie más.

LOS SIN SOMBRA se habían llevado los arcos y hasta las mallas. Las gradas también las habían desbaratado. Hasta el tablero del marcador había desaparecido. De la marimba solo quedaban algunas

teclas regadas por el suelo. Solo quedaba un balón, uno desinflado.

Balón es balón, pensé. Lo puse en la ya invisible marca de lo que alguna vez fue el punto de saque. Empecé a moverlo con suavidad y narré una última jugada:



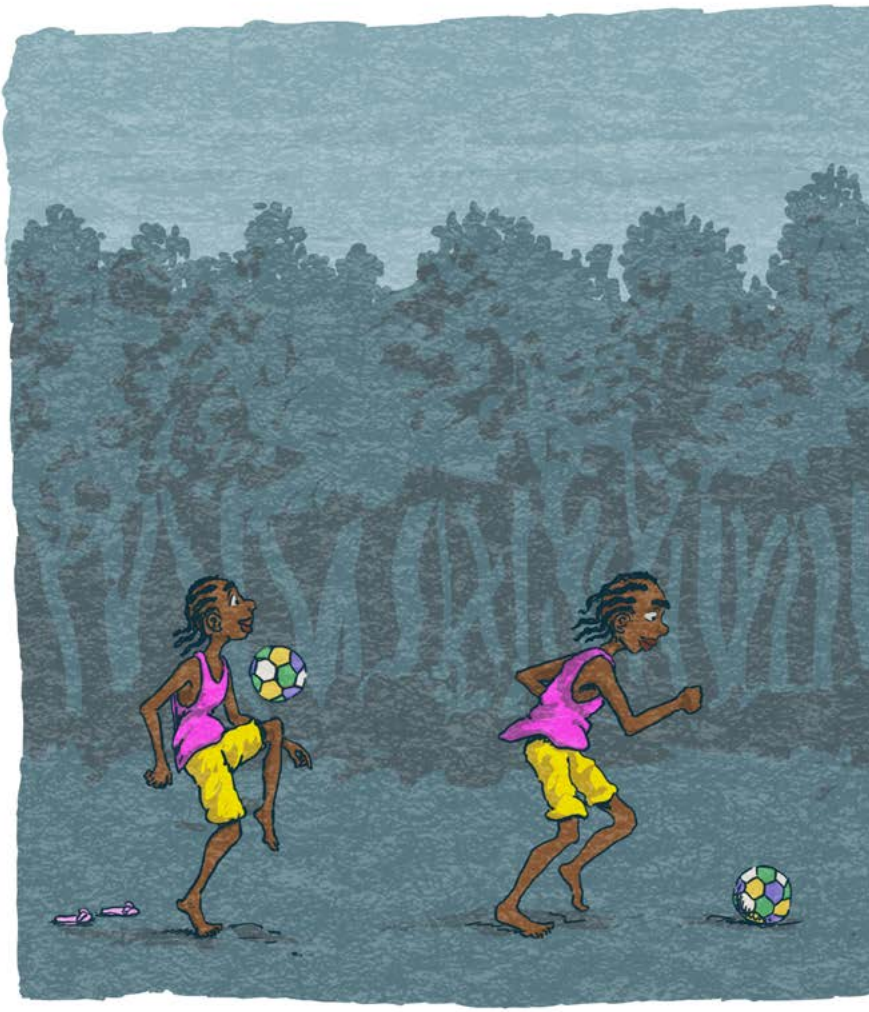
◆◆◆

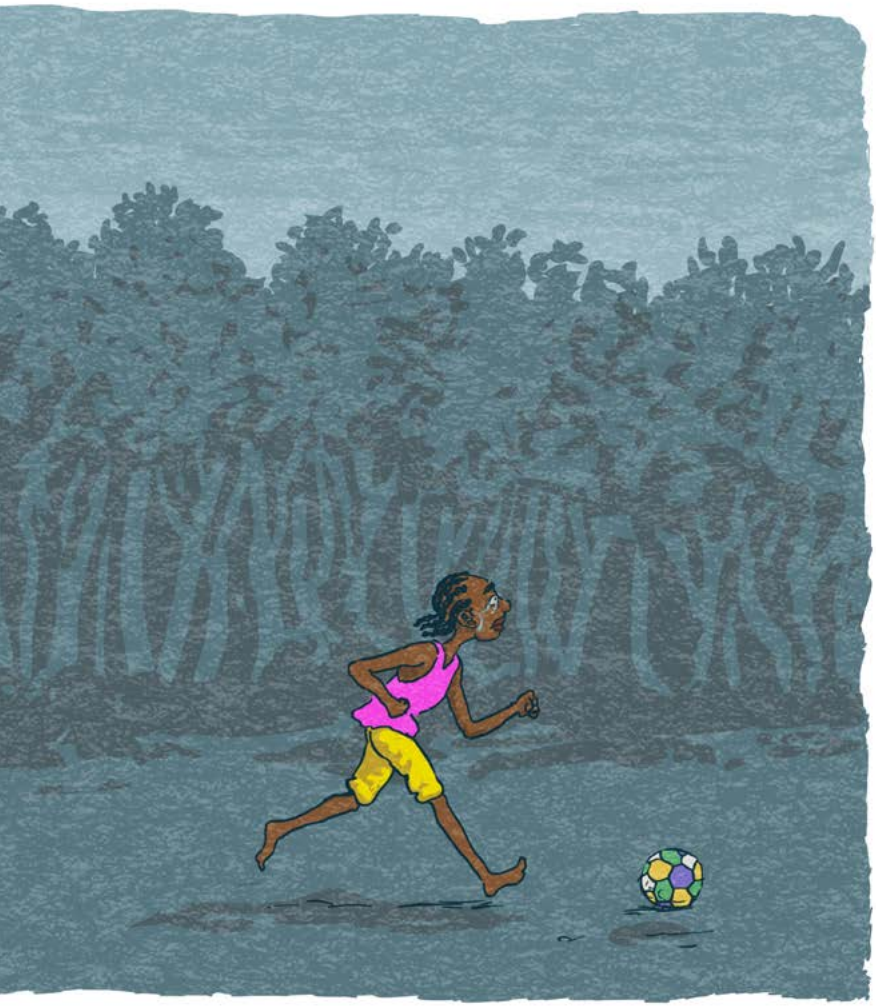
—El Delfin Rosado Quintero le lanza veloz la pelota al Chigüiro Chicaiza, este se ingenia una bicicleta... La pecosa llega a la cabeza de la Amazona Acosta, rebota y queda a los pies de la Sirena Coral, ella canta y distrae a su adversario. La cancha está a reventar, el público enloquece, vuelve a creer en su equipo... La Sirena me pasa el mapamundi de trapo a mí, Isabelita Amanecer Portocarrero..., avanzo rumbo al arco rival, me preparo a patear, intentan derribarme, pero logro esquivar el golpe..., señoras y señores, niños y niñas, esta jugada define todo, pateo y... goooooooooooool...

El balón siguió derecho, sin nada que lo detuviera, se perdió lejos, lejos de lo que alguna vez había sido nuestra cancha.

Poco después, mi familia y yo también nos tuvimos que ir del pueblo por miedo a que LOS SIN SOMBRA nos lastimaran.

Yo no era tan buena con el balón. A mí lo que me gustaba era narrar los partidos que se jugaban en la cancha de fútbol de mi pueblo. No era una cancha profesional, nada de eso, pero entre todos la habíamos construido y por eso era la mejor cancha del mundo.







El cuento que acabas de leer es una derivación para niños del testimonio «A la gente todo le quitaban» incluido en ***Cuando los pájaros no cantaban****, tomo testimonial del Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.*

Las páginas de este libro fueron diagramadas con la tipografía Epica Sans, del diseñador nacido en Pasto, Nariño, Oscar Guerrero Cañizares.

LA MEJOR CANCHA DE FÚTBOL DEL MUNDO
Colección:
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas
1era edición, enero 2026
ISBN 978-958-717-296-6

Se prohíbe la venta total o parcial de esta publicación. Se autoriza su reproducción gratuita para fines de investigación, incidencia y educación, siempre que se reconozca la fuente.

Libro impreso en Colombia por Panamericana formas e impresos S.A.

COMITÉ EDITORIAL
Editor
Juan Sebastián Montoya

Escritor - Derivador
Miguel Mendoza Luna

Ilustrador
Rafael Yockteng

Diseño Editorial
Elizabeth Cuervo

Tipografía de interiores: Epic Sans
Oscar Guerrero Cañizares

DIRECCIÓN GENERAL, SELECCIÓN Y CUIDADO DE TESTIMONIOS ORIGINALES
Alejandro Castillejo – Cuéllar
Ex comisionado de la Verdad

Andrea del Pilar Mora Manrique
Jefferson Gallego Figueredo
Jorge Andrés Bautista Bulla
Juan Camilo Aljuri Pimiento
Katherine López Rojas

Las historias que componen esta colección fueron derivadas del Tomo Testimonial «Cuando los pájaros no cantaban» del Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición – CEV.

El Centro de Memoria, Paz y Reconciliación y la Fundación PLAN han realizado todos los esfuerzos posibles para garantizar la precisión de la información contenida en esta publicación al momento de su impresión.

Para más información sobre el uso, reproducción o impresión de esta publicación, por favor contactar a:

Equipo de Comunicaciones – Fundación PLAN
comunicaciones@plan.org.co

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
centromemoriaypaz@alcaldiabogota.gov.co

Alcalde Mayor de Bogotá
Carlos Fernando Galán Pachón

Secretario General
Miguel Silva Moyano

Oficina Consejería Distrital de Paz, Víctimas y Reconciliación – OCDPVR
Isabelita Mercado Pineda

Directora Centro de Memoria, Paz y Reconciliación – CMPR
Andrea del Pilar Mora Manrique

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
Jorge Andrés Bautista Bulla
Jefferson Gallego Figueredo

Fundación PLAN
Presidenta Fundación PLAN
Ángela Anzola De Toro

Vicepresidenta Programática Fundación PLAN
Pamela Escobar Narváez

Vicepresidente de Operaciones Fundación PLAN
Christian Medina López

Directora de Implementación y territorio
Martha Espinosa

Directora de Investigación y Lineamientos Técnicos
María Fernanda Ariza Beltrán

Gerenta de Comunicaciones
Karen Gálvez Cubides

Gerencia de Proyecto
Dora C. Rodríguez Avendaño

Equipo técnico
Profesional especializado
Camila Gómez

Coordinadora de Proyecto
Melissa Marroquín Real

Profesional líder del Proyecto
Paola Piracoca

CENTRO de MEMORIA PAZ y RECONCILIACIÓN
ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

PLAN INTERNATIONAL
Por la niñez en Colombia

CONSEJERÍA DISTRITAL DE PAZ, VÍCTIMAS Y RECONCILIACIÓN
BOGOTÁ

LEGADO COMISIÓN DE LA VERDAD

Con apoyo de:

Universidad de los Andes Colombia





En el corazón de un pequeño pueblo, donde cada elemento de la cancha fue puesto con esperanza y manos unidas, Isabelita se convierte en la voz de los domingos. Con su ingenio desbordante crea nombres únicos para los jugadores, celebra cada gol como un prodigio y transforma el fútbol en un relato mágico que convoca a grandes y chicos alrededor de la cancha. Pero un día, el bullicio se apaga lentamente: las familias empiezan a marcharse, y el eco de los partidos se desvanece en la soledad del lugar. Solo Isabelita, con su mirada curiosa y su palabra entrañable, descubrirá el misterio que amenaza con silenciar los sueños de su pueblo.



ISBN: 978-958-717-296-6
9 789587 172966